

## 8. La Escena del Juicio

### DANIEL CAPÍTULO 7.

LA primera mitad del libro de Daniel trata sobre cuestiones que conciernen particularmente al reino de Babilonia tal como existió en los días del profeta. Los últimos seis capítulos están dedicados enteramente a la historia del mundo en su conjunto, y en visiones dadas en varias ocasiones, al profeta se le muestran los grandes eventos hasta el fin del tiempo. Mirando hacia el futuro, ve, por así decirlo, las cumbres montañosas iluminadas con la gloria de Dios, y estas características sobresalientes son anotadas con una precisión infalible para servir como hitos, no solo para los judíos, sino para todas las personas, para que puedan comprender los tiempos en que viven y saber lo que está por venir sobre la tierra.

Para el estudiante de profecía, el capítulo séptimo de Daniel es un registro de suma importancia. Mediante una cadena continua de eventos, el profeta da la historia desde los días de Babilonia hasta el gran juicio investigador, que es el tema central del capítulo.

El hecho de que Dios pudiera abrir el futuro a un rey pagano fue notable. A Nabucodonosor se le mostró el futuro solo de los gobiernos terrenales, porque él mismo era terrenal e incapaz de comprender cosas más elevadas; pero a Daniel Dios le abrió escenas en el cielo. Aunque al profeta se le mostró la historia de las naciones, el ángel de la revelación tocó brevemente esos temas, pero se detuvo en la descripción que estremece el alma del juicio investigador.

El capítulo séptimo de Daniel revela el futuro del pueblo de Dios, no solo de la nación hebrea, sino del verdadero, el Israel espiritual. Esta visión le fue dada a Daniel en el primer año del reinado de Belsasar, alrededor del 540 a.C. La mera concesión de esta visión da el testimonio más fuerte de los resultados de la educación de Daniel cuando era joven, de su firmeza de propósito y de su crecimiento en las cosas espirituales. A la edad de ochenta y cinco años, después de sesenta y siete años de vida cortesana, con todos sus atractivos y la tendencia

natural de la naturaleza humana a hundirse en una existencia puramente física, su ojo de fe estaba tan intacto que, a la orden de Miguel, Gabriel pudo llevar a Daniel al cielo mismo, para contemplar allí al Padre y al Hijo en la obra final del santuario celestial. Moisés una vez vio estas cosas desde la cima del monte Horeb cuando se iba a construir el tabernáculo, y tan grande era la gloria que tuvo que velar su rostro antes de que la gente común pudiera contemplarlo. El corazón de Daniel estaba con Dios, por lo tanto, cosas que *ni ojo vio, ni oído oyó*, podían serle reveladas por el Espíritu.

Dios dijo por medio del profeta Oseas: «He hablado por los profetas, y multipliqué las visiones, y por el ministerio de los profetas usé semejanzas». Los reinos que han gobernado el mundo fueron representados ante Daniel como bestias de presa, que surgieron cuando los «cuatro vientos del cielo contendían sobre el gran mar». En la profecía, los vientos son un símbolo de guerra y contienda. Las escenas posteriores de guerra y revolución, por las cuales los reinos llegan al poder, están representadas en el capítulo séptimo de Daniel por los cuatro vientos del cielo que contendían sobre el gran mar. El mar o las aguas denotan “pueblos, y muchedumbres, y naciones, y lenguas”. Las bestias a las que se hace referencia representan reyes o reinos.

Cuatro grandes bestias subieron del mar; es decir, surgieron y se destacaron de en medio de las multitudes de la tierra. En otras palabras, hubo guerra entre las naciones, y surgieron cuatro reinos, diferentes entre sí. Babilonia, el primero de estos reinos, fue representado a Nabucodonosor como la cabeza de oro de la gran imagen. A Daniel el mismo poder apareció como un león, que tenía alas de águila. La fuerza del monarca de la selva, a la que se añade la rapidez del rey de las aves, se toma para representar el reino del cual la ciudad de Babilonia era la capital. Más de cincuenta años antes, Jeremías había hablado del poder babilónico como un león.

Antes de que Babilonia fuera conocida como un reino independiente, mientras aún era una provincia sujeta a Asiria, a Habacuc, un profeta de Israel, se le dio una visión de su obra que muestra la fuerza del símbolo de un león con alas

de águila. Hablando a Israel, les dice de una obra tan maravillosa que no la creerán cuando se les cuente: «Mirad, yo levanto a los caldeos, nación fiera y apresurada, que marchará por la anchura de la tierra para poseer las moradas que no son tuyas. Son terribles y espantosos... Sus caballos también son más veloces que leopardos, y más feroces que los lobos de la tarde... Volarán como águila que se apresura a devorar. Vendrán todos con violencia;... recogerán los cautivos como arena. Y se burlarán de los reyes, y los príncipes les serán escarnio; se reirán de toda fortaleza.»

Esta es Babilonia tal como la vio Habacuc. Mientras Daniel observaba el mismo reino en su visión, el noble león con sus alas, denotando poder y rapidez de conquista, había sido levantado de la tierra a una posición antinatural, y hecho que se pusiera sobre sus pies como un hombre, y un corazón de hombre le fue dado. El corazón del hombre sin Cristo es simplemente pecado. Las alas fueron cercenadas, y entonces Babilonia fue representada tal como existía en el tiempo de la visión, privada de su fuerza, abandonada por Dios, con Belsasar al frente del gobierno.

El profeta Habacuc da la razón de este repentino debilitamiento del poderoso poder de Babilonia. Él dice: «Entonces su mente cambiará, y él pasará, y pecará, atribuyendo su poder a su dios». La historia del reino, tal como se da en capítulos anteriores, muestra cómo y cuándo se hizo esto. Babilonia cometió el pecado imperdonable al atribuir el poder y el Espíritu de Dios a los dioses de los paganos. En este acto, el león fue privado de su fuerza, las alas fueron arrancadas y se le dio un corazón de hombre. Pocos años después de esta visión, en el año 538 a.C., Daniel fue testigo del derrocamiento completo del reino.

El reino Medo-Persa era sediento de sangre y cruel por naturaleza, y está representado por un oso. Darío era un medo; y Ciro, el general principal, un persa. Darío el Medo tomó el reino babilónico y gobernó por poco tiempo. Ciro el Persa fue el espíritu dirigente en el gobierno después de que Darío falleció. El oso, así como las otras bestias que siguieron al león, representaban reinos aún futuros en el tiempo en que Daniel vio la visión. El oso del capítulo séptimo de

Daniel simboliza el mismo poder que el carnero del capítulo octavo, que el ángel dice allí al profeta que representaba el imperio Medo-Persa. La historia de este imperio, dada en el capítulo undécimo del libro de Daniel, y el estudio de ese capítulo junto con los capítulos decimotercero y vigésimo primero de Isaías y el libro de Ester, revelarán el carácter de oso de la nación que surgió y devoró mucha carne. La historia del segundo gran reino abarca los años desde el 538 hasta el 331 a.C.

Después de que el reino Medo-Persa surgió y cayó, apareció otro reino de una naturaleza completamente diferente a la representada por el oso. En la explicación de la visión del capítulo octavo de Daniel, el ángel declara claramente que la nación que sigue a Media y Persia es Grecia. El reino griego, que siguió a Media y Persia, se compara con la agilidad de un leopardo en su estado natural. No siendo esto suficiente para representar la rapidez de las conquistas de Alejandro, el primer rey, el leopardo tenía sobre su lomo cuatro alas de ave. También tenía cuatro cabezas, lo que simbolizaba la división del imperio de Alejandro después de su muerte, cuando cuatro de sus generales tomaron su reino y les fue dado el dominio. El poder de Alejandro está representado por el macho cabrío con el cuerno notable, que holló todo bajo sus pies, como se describe en el capítulo octavo de Daniel.

La historia de los tres primeros reinos solo se toca ligeramente en este capítulo, pero cuando apareció la cuarta bestia, «espantosa y terrible, y en gran manera fuerte», Daniel «quiso saber la verdad», y el ángel explicó ese poder detalladamente.

Los tres poderes precedentes fueron simbolizados por tres de las bestias más poderosas de la tierra, pero cuando se consideró la cuarta bestia, no había ningún animal con un carácter para representar su terrible naturaleza; así que se le presentó al profeta una bestia sin nombre con dientes de hierro, uñas de bronce y diez cuernos.

El ángel dijo a Daniel: «En cuanto a las demás bestias, les fue quitado su dominio; pero sus vidas fueron prolongadas». Cada una, antes de ser destruida, se fusionó con la siguiente, y sus principios característicos son representados en sucesión hasta el fin del tiempo. Esto se muestra claramente en el capítulo segundo de Daniel, donde el oro, la plata, el bronce, el hierro y el barro son quebrados todos a la vez y desmenuzados como el tamo, cuando todas las naciones terrenales son destruidas. La misma verdad fue representada en el capítulo cuarto, cuando el árbol que representaba a Babilonia fue cortado, pero las raíces permanecieron en la tierra. Las raíces representaban los principios fundamentales sobre los que se construyó Babilonia, y han permanecido en la tierra desde entonces. Cuando Medo-Persia cayó, dejó sus principios de gobierno, educación y religión aún vivos, transmitiéndolos a su posteridad, las naciones de la tierra. Grecia hizo lo mismo, y con cada imperio sucesivo, esos principios fundamentales, tan claramente retratados en Babilonia, que fueron puestos allí por el príncipe de la potestad del aire, en lugar de aparecer en un estado debilitado, cobraron vida con renovado vigor. Así fue que cuando apareció el cuarto reino, esos mismos principios de gobierno, que eran la falsificación de los principios subyacentes del cielo, eran tan fuertes que ninguna bestia natural podría simbolizar ni siquiera a la Roma pagana.

Roma en religión renovó todos los errores religiosos de Babilonia, y en educación perpetuó los errores de Grecia, mientras que en crueldad siguió los pasos de Media y Persia. Pero mientras el profeta observaba, aparecieron cosas aún más maravillosas. La cuarta bestia, que representaba a Roma, que sucedió a Grecia en el año 161 a.C., tenía diez cuernos, los cuales, dijo el ángel, «son diez reyes que se levantarán». Esta cuarta bestia es idéntica a las piernas de hierro en la imagen mostrada a Nabucodonosor, y los diez cuernos corresponden a la mezcla de hierro y barro en los pies de esa imagen. Cada uno de los reinos precedentes había caído en manos de algún general fuerte que tomó el gobierno, pero con Roma el caso fue diferente. Los detalles de esta historia se dan en el capítulo octavo de Apocalipsis bajo el símbolo de las siete trompetas. Hordas

bárbaras del norte de Europa y Asia barrieron el imperio romano entre los años 351 y 483 d.C., desmenuzando el gobierno en diez partes. Los diez reinos que surgieron como resultado de la desintegración del antiguo reino romano son: los Hunos, los Ostrogodos, los Visigodos, los Francos, los Suevos, los Anglosajones y los Lombardos. La conexión entre estos y las naciones de la Europa moderna se puede rastrear fácilmente en los nombres, como Francia, Inglaterra, Lombardía, Borgoña, etc.

Hubo un tiempo en que el imperio romano tuvo una oportunidad maravillosa de aceptar al Dios verdadero. Roma fue el reino universal durante la vida de Cristo. A Babilonia Dios envió a Su pueblo, los judíos, para esparcir las verdades de Su reino y guiar a los hombres al arrepentimiento. Los Medos y los Persas recibieron el evangelio de este mismo pueblo, y representantes de Grecia fueron a Jerusalén, al mismo templo, en contacto con los sacerdotes, para que no hubiera excusa para que rechazaran a Cristo. Pero al reino romano el cielo mismo se derramó en la persona del Salvador, y fue Roma quien lo clavó en la cruz. Fue un sello romano en Su tumba, y una guardia romana en Su sepulcro. La iglesia primitiva sufrió persecución a manos de este mismo poder. El juicio cayó sobre Roma cuando estos bárbaros asolaron el imperio con fuego y espada, y el reino se dividió en diez partes.

«Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley; y serán entregados en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.» (Daniel 7:25)

Pero la historia romana no terminó con la división. Daniel observó: «y, he aquí, otro cuerno pequeño, delante del cual fueron arrancados de raíz tres de los primeros cuernos». Un nuevo poder, uno ajeno al imperio, está aquí representado por el cuerno pequeño. Las tres divisiones que fueron arrancadas fueron los Hérulos en 493, los Vándalos en 534 y los Ostrogodos en 538 d.C. Justiniano, el emperador, cuya sede estaba en Constantinopla, operando a través de su general Belisario, fue el poder que derrocó a los tres reinos representados por los tres cuernos, y la razón de su derrocamiento fue su adhesión al arrianismo

en oposición a la fe católica ortodoxa. Los detalles del derrocamiento y la controversia religiosa que fue la raíz del problema, son plenamente dados por Gibbon en la «Decadencia y Caída del Imperio Romano», por Mosheim en su historia de la iglesia, y por otros.

El cuerno pequeño que ganó poder arrancando tres cuernos, era diferente de todos los demás. Tenía ojos «como ojos de hombre, y una boca que hablaba grandes cosas;» y su aspecto era más robusto que el de sus compañeros.

Roma estaba cayendo en ruina; sus ciudades habían sido saqueadas, su gobierno roto. Como del tronco en descomposición del pantano surge el hongo en una noche, obteniendo su vida de la descomposición, así surgió en el imperio romano un poder que fue nutrido por esta decadencia nacional. Este poder fue el cuerno pequeño conocido como el papado.

Está escrito que Babilonia, la madre de las rameras, cayó por atribuir su poder a los dioses de los paganos. La Roma pagana cayó porque presumió tener autoridad sobre la persona de Cristo y sus seguidores. Entonces surgió el cuerno pequeño, y «hará guerra contra los santos, y los vencerá». «Hablará palabras contra el Altísimo, y a los santos del Altísimo quebrantará, y pensará en cambiar los tiempos y la ley.»

Roma en los días de Cristo fue el centro del mundo. Pablo y otros predicaron el evangelio en esa ciudad. Allí se organizó una iglesia y durante años esta iglesia de Roma se equiparó con las iglesias de Jerusalén, Constantinopla y otras. Poco a poco, pero con seguridad, la mundanalidad tomó el lugar del Espíritu de Cristo, y los obispos romanos se exaltaron. El misterio de iniquidad del que Pablo escribió en su carta a los Tesalonicenses, estaba obrando en Roma. En el momento de la división del imperio, los obispos estaban ávidos de poder civil, y en tiempos de angustia nacional la iglesia tomó las riendas del gobierno; el cuerno pequeño había recibido poder. Esto fue en el año 538 d.C., cuando el último de los tres cuernos fue arrancado, y el decreto promulgado por Justiniano en 533, reconociendo al obispo de Roma como cabeza de todas las iglesias, entró en vigor.

(Véase Gibbon, capítulo 41). El paganismo en el trono había sido ya bastante cruel, pero cuando esos principios paganos que habían vivido desde los días de Babilonia tomaron el nombre y la forma externa del cristianismo, el poder que dominó fue aún más cruel. El cuerno pequeño no solo hablaría palabras arrogantes contra el Altísimo, sino que «pretenderá cambiar los tiempos señalados y la ley». (Traducción de Spurrell). Manos profanas habían sido puestas en años pasados sobre el templo de Dios y las vasijas consagradas en el templo, y sobre el pueblo de Dios, pero el cuerno pequeño puso sus manos sobre la misma ley de Dios, intentando cambiar el sábado del cuarto mandamiento. El cuerno pequeño tenía todo el poder de Babilonia. En el gobierno era una monarquía absoluta, con autoridad sobre todos los tronos de Europa. Los reyes surgían y caían según los dictados de Roma. Desde un punto de vista religioso, era el poder gobernante, dictando a las conciencias de los hombres, llevándolos ante su tribunal y escudriñando sus mismos pensamientos. El tormento y la inquisición eran sus instrumentos, y ningún hombre escapaba al escrutinio de los ojos de hombre en el cuerno pequeño. El medio por el cual se mantuvo este poder fue su sistema de educación, que mantuvo a Europa en tinieblas por más de mil años.

Este fue un reino longevo. «[Los santos, los tiempos y la ley] serían entregados en su mano hasta un tiempo, y tiempos, y la mitad de un tiempo.» [Se remite al lector a Daniel 11:13, margen; también a Daniel 12:7, y a Apocalipsis 12:6; 13:5, y Números 14:34 para diferentes expresiones que dan el mismo tiempo y se refieren al mismo poder.] Este tiempo —tres años y medio, o cuarenta y dos meses, o mil doscientos sesenta días, como se le designa de diversas maneras— comenzó en 538, cuando tres cuernos fueron arrancados para dar paso al establecimiento de este único poder, el cuerno pequeño. Continuó hasta

1798, cuando le fue quitado su dominio. Su poder, sin embargo, aún no ha sido destruido.

A Daniel, en su visión, no solo se le mostraron reinos y poderes terrenales, sino que después de escuchar la voz del cuerno pequeño, que pronunciaba

grandes palabras contra el Altísimo, su atención fue dirigida a escenas en la corte celestial que transcurrirían simultáneamente con el cumplimiento de la profecía concerniente a las naciones de la tierra.

Fue durante el tiempo en que la cuarta bestia tuvo dominio y poder que el Salvador fue crucificado. Él fue el Cordero inmolado en el atrio exterior, y en Su ascensión entró en el lugar santo del santuario celestial. Allí fue visto por Juan, como se describe en los capítulos cuarto y quinto de Apocalipsis. Pero esta obra en el lugar santo fue solo una parte del ministerio del Salvador por la humanidad. Llegó el momento en que Él debía realizar en el cielo aquel servicio del cual el día de la expiación en el santuario terrenal era el tipo. Spurrell traduce el versículo nueve: «Contemplé hasta que los tronos fueron puestos [Versión Revisada, colocados], cuando el Anciano de Días fue entronizado [o se sentó] en juicio. Su vestido era blanco como la nieve, el cabello de su cabeza como pura lana, su trono era llamas de fuego, sus ruedas ardiente llama».

## LA LEY DE DIOS.

I. «No tendrás dioses ajenos delante de mí».

II. «No te harás imagen, ni ninguna semejanza de cosa que esté arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas, ni las honrarás; porque yo soy Jehová tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia a millares, a los que me aman y guardan mis mandamientos».

III. «No tomarás el nombre de Jehová tu Dios en vano; porque no dará por inocente Jehová al que tomare su nombre en vano».

IV. «Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios; no hagas en él obra alguna, tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni tu extranjero que está dentro de tus puertas. Porque en seis días hizo Jehová los cielos y la tierra, el mar, y todas las cosas que en ellos hay, y reposó en el séptimo día; por tanto, Jehová bendijo el día de reposo y lo santificó».

V. «Honra a tu padre y a tu madre, para que tus días se alarguen en la tierra que Jehová tu Dios te da».

VI. «No matarás».

VII. «No cometerás adulterio».

VIII. «No hurtarás».

IX. «No hablarás falso testimonio contra tu prójimo».

X. «No codiciarás la casa de tu prójimo, no codiciarás la mujer de tu prójimo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni cosa alguna de tu prójimo».

## LA LEY TAL COMO FUE CAMBIADA POR EL PAPADO.

- I. «Yo soy el Señor tu Dios: no tendrás dioses extraños delante de mí».
- II. «No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano».
- III. «Acuérdate de santificar el día del Sábado».
- IV. «Honra a tu padre y a tu madre».
- V. «No matarás».
- VI. «No cometerás adulterio».
- VII. «No robarás».
- VIII. «No levantarás falso testimonio contra tu prójimo».
- IX. «No codiciarás la mujer de tu prójimo».
- X. «No codiciarás los bienes de tu prójimo».

Aquí, dentro del Lugar Santísimo, está la morada del Rey de reyes, Dios el Padre, donde miles y decenas de miles de ángeles ministran ante Él. Este trono de Dios es el centro de toda la creación; a su alrededor giran los sistemas solares a lo largo de toda la extensión del espacio. Los mundos giran alrededor de sus soles, y los soles con sus planetas acompañantes, a su vez, giran alrededor del trono de Dios. Es la rueda dentro de una rueda que describe Ezequiel. Daniel dijo: «Un río de fuego procedía y salía de delante de Él», porque allí todo es vida, un trono viviente y en constante movimiento.

El poder de Dios impregna el espacio en todas direcciones. Como rayos de luz, de Él irradia una fuerza que mantiene a los mundos en sus órbitas. El poder que el hombre llama gravedad es solo una porción del poder atrayente de Dios. Mantiene los orbes celestiales en su lugar, equilibra las nubes, pesa las montañas y mide las aguas del mar. El mismo poder nota la caída de cada hoja en la tierra, la muerte del gorrión más pequeño y los latidos del pulso de cada hombre. De Él viene toda vida: «en Él vivimos, nos movemos y somos».

El Hijo era uno con el Padre, y fue de esta gloria de la que Él descendió cuando se ofreció a sí mismo en la fundación del mundo. Él fue el Cordero inmolado, y el corazón de Dios se quebrantó en aquella ofrenda. Cada vez que el cuchillo se hundía en una víctima en el altar del santuario terrenal, la sangre que fluía tocaba de nuevo el corazón del Padre eterno. Cada vez que un hombre o una mujer de corazón quebrantado se acerca al trono en penitencia, el corazón del Padre es conmovido. «Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios». Nunca, nunca, a lo largo de toda la eternidad, volverá ese Hijo a Su condición anterior. Lo que asumió por el hombre caído lo retendrá para siempre. Él sigue siendo un hombre en la corte celestial, conmovido por cada aflicción humana. El universo contempló el don y se postró en adoración.

El templo está lleno de gloria. Allí, serafines y querubines, con su resplandeciente gloria, como guardianes, extienden sus alas sobre Su trono, velan sus rostros en adoración y se inclinan ante Él.

«¡Oh, instrúyenos qué diremos de Él; no podemos hacer justicia debido a nuestra ignorancia! ... Si un hombre se atreve a hablar, ciertamente será abrumado.

«Ni aun ahora podemos contemplar la luz del sol cuando brilla en los cielos; y el viento que pasa ha despejado el cielo. ¡Pero qué esplendor aparecerá desde el Lugar Santísimo! ¡Con Dios está la majestad insoportable! ¡El Todopoderoso! ¡No podemos comprenderlo!». — Traducción de Spurrell.

La puerta del Lugar Santísimo se abrió en 1844, y «vi en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo venía uno como un hijo de hombre, que vino hasta el Anciano de Días, y le hicieron acercarse delante de él».

No se podrían formular palabras que ofrecieran una visión más vívida de la apertura del juicio, que ocurrió en el momento del anuncio: «La hora de su juicio ha llegado». En el capítulo séptimo de Daniel se encuentra la única descripción en la Biblia de la escena del juicio anunciada por el primer ángel del capítulo decimocuarto de Apocalipsis. El mensaje en sí es el único anuncio en la Biblia de

que el tiempo había llegado; y el versículo decimocuarto del capítulo octavo de Daniel es el único período profético dado en la Biblia que marca el tiempo del comienzo del juicio de Dios. Ese período es el de los dos mil trescientos días, o años literales, que comenzó en el año 457 a.C., con el decreto para edificar y restaurar Jerusalén, y expiró en 1844 d.C. Fue en esta última fecha cuando el primer ángel del capítulo decimocuarto de Apocalipsis proclamó la hora del juicio de Dios. El mensaje llegó a todas las tierras, y las islas del mar lo escucharon.

Cuando Dios hubo tomado Su posición sobre Su ley en el Lugar Santísimo del santuario celestial, entonces Cristo vino a interceder ante Él por Su pueblo. Esta venida no pudo haber sido cuando ascendió a lo alto; porque entonces ascendió al Padre, y el juicio estaba en el futuro. No puede referirse a Su segunda venida a esta tierra; porque entonces viene del Padre. Fue Su venida ante el Padre cuando tomó Su posición en el juicio al final de los dos mil trescientos días. Él vino ante el Padre rodeado por las nubes del cielo; es decir, con miles de ángeles que, como espíritus ministradores, han observado las vidas de los hombres, registrando cada una de sus palabras, obras y pensamientos. Se han formado caracteres, y sean buenos o malos, han sido reflejados en los libros del cielo. Cuando Cristo vino ante el Padre, los libros fueron abiertos y los casos de los muertos comenzaron a ser investigados. Las obras pudieron haber sido cometidas a la luz del día, o en la oscuridad de la noche, sin embargo, todas están abiertas y manifiestas ante Aquel con quien tenemos que ver. Las inteligencias celestiales han presenciado cada pecado y lo han registrado fielmente. El pecado puede ser ocultado de amigos, parientes y nuestros asociados más íntimos. Nadie, excepto los actores culpables, puede tener el más mínimo conocimiento de las malas obras, pero estas cosas están todas al descubierto ante los ángeles y los habitantes de otros mundos. La más oscura de todas las noches, la conspiración más profunda de individuos o naciones, no puede ocultar ni un solo pensamiento a las inteligencias celestiales. Dios tiene un registro fiel de cada trato torcido, de cada pecado y práctica injusta. Si el corazón interior está lleno de hipocresía, una apariencia externa de rectitud no puede engañarle.

Mientras uno por uno se leen estos nombres, el Salvador levanta Sus manos, aún llevando las huellas de los clavos del Calvario, y clama: «Mi sangre, Padre, mi sangre, mi sangre». Sobre Su trono está el arco iris; la misericordia y la justicia se mezclan allí. El corazón de Dios es conmovido por las súplicas de Su Hijo, y el perdón es escrito junto al nombre. Luego, a través de los arcos del cielo, resuena un grito de triunfo. Los ángeles echan sus coronas delante del trono, clamando: «¡Santo, santo, santo!».

Durante más de sesenta años la obra del juicio investigador ha estado en progreso. Se acerca rápidamente a su fin. Antes de que cierre, resolverá el caso de cada hombre y mujer vivientes. Día a día estamos haciendo el registro que determinará nuestro futuro para bien o para mal. ¡Cuán solemne es el pensamiento de que las palabras una vez pronunciadas, las acciones una vez realizadas, nunca podrán ser cambiadas! La sangre expiatoria de Cristo es ofrecida hoy. «Si oyereis hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones».

La vida de la cuarta bestia, especialmente la del cuerno pequeño, fue prolongada más allá del tiempo del juicio investigador. Incluso después de que los tronos fueran establecidos y la obra en el Lugar Santísimo hubiera comenzado, las grandes palabras del cuerno pequeño atrajeron la atención del profeta. La palabra más grande jamás pronunciada contra Dios fue el decreto de infalibilidad emitido por el concilio ecuménico en 1870. Este fue el intento de sentar a un hombre en el trono junto al Hijo de Dios. Mientras Cristo estaba como un Cordero inmolado ante el Padre, suplicando por la salvación del mundo, el hombre pobre y frágil estaba exaltando su trono por encima de las estrellas de Dios.

Babilonia cayó porque atribuyó su poder a los dioses. Del cuarto animal Daniel dice: «Miré hasta que la bestia fue muerta, y destruido su cuerpo, y entregada para ser quemada en el fuego». Así, al final, en lugar de ser conquistado por algún otro poder surgido en la tierra, este poder va al lago de fuego. A las otras bestias que representan reinos les fue quitado su dominio, sin embargo, sus vidas fueron prolongadas por un tiempo y una estación; es decir,

cada una se fusionó con el reino siguiente. Pero no así con el cuarto reino; su destrucción será completa.

El quinto reino, que es el celestial, el reino de Dios, no está en manos humanas. Dios mismo lo establecerá bajo todo el cielo, y existirá por los siglos de los siglos. «Y que el reino, y el dominio, y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo». Aquellos que sean considerados dignos en el juicio investigador saldrán en la primera resurrección, o serán trasladados sin ver la muerte, y reinarán con Cristo por los siglos de los siglos. El pecado, con todos los que se han aferrado a él, será destruido para siempre. El orgullo y la arrogancia de la antigua Babilonia, su iniquidad en todas sus formas que ha sido repetida por todas las naciones de la tierra, junto con el instigador de todo mal, finalmente serán borrados. Se alcanza el fin de la controversia. El triunfo de la verdad es presenciado por todos los seres creados. La cicatriz que el pecado ha dejado ha desaparecido para siempre. La discordia que durante seis mil años ha estropeado el universo, es olvidada. La música de las esferas se retoma de nuevo, y el hombre reina con su Creador. «Aquí fue el fin del asunto». ¡Qué asombro que la visión turbara a Daniel, y que su rostro cambiara!

El amor inigualable de Cristo, ¿quién puede comprenderlo?